

## «Reina de la paz, obtén para EL MUNDO LA PAZ»

por fr. FRANCESCO DILEO OFMCap



El mes de mayo, para nosotros creyentes, constituye una natural llamada hacia la primera de las apariciones de la Virgen a los tres pastorcillos de Fátima. En aquel memorable día del 13 de mayo de 1917, la “Señora vestida toda de blanco, más luminosa que el sol”, exhortó a los pequeños videntes: “Recitad el Rosario todos los días para obtener la paz en el mundo y el final de la guerra”. En la tercera aparición, el 13 de julio del mismo año, la Virgen María preannunció el final de la Primera Guerra Mundial, pero advirtió: “Si no dejan de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI, empezará otra peor (...) Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado, y la Comunión reparadora en los primeros sábados. Si escuchan mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, difundirá sus errores en el mundo, suscitando guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados. El Santo Padre sufrirá mucho, varias naciones serán destruidas. Finalmente, mi Corazón Inmaculado triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia que se convertirá, y al mundo le será concedido un período de paz”. Tal acto de encomienda, ya realizado por los papas Pío XII, Pablo VI y Juan Pablo II, fue renovado el 25 de marzo pasado también por Francisco que, en un momento histórico de conflicto armado empezado exactamente por Rusia, se dirigió a la Madre de Dios con conmovedoras palabras: «En la miseria del pecado, en nuestros cansan-

cios y fragilidades, en el misterio de la iniquidad del mal y de la guerra, Tú, Madre Santa, nos recuerdas que Dios no nos abandona sino que continúa mirándonos con amor, deseoso de perdonarnos y levantarnos de nuevo. Es Él quien te ha entregado a nosotros y ha puesto en tu Corazón inmaculado un refugio para la Iglesia y para la humanidad. Por su bondad divina estás con nosotros e incluso, en las vicisitudes más adversas de la historia, nos conduces con ternura. Por eso recurrimos a ti, llamamos a la puerta de tu Corazón, nosotros, tus hijos queridos que no te cansas jamás de visitar e invitar a la conversión. En esta hora oscura, ven a socorrernos y consolarlos. [...] Tú, estrella del mar, no nos dejes naufragar en la tormenta de la guerra.

Tú, arca de la nueva alianza, inspira proyectos y caminos de reconciliación. Tú, “tierra del Cielo”, vuelve a traer la armonía de Dios al mundo. Extingue el odio, aplaca la venganza, enséñanos a perdonar. Líbranos de la guerra, preserva al mundo de la amenaza nuclear. Reina del Rosario, despierta en nosotros la necesidad de orar y de amar. Reina de la familia humana, muestra a los pueblos la senda de la fraternidad. Reina de la paz, obtén para el mundo la paz.» También nosotros estamos llamados a cumplir cada esfuerzo, material y espiritual, para volver a conducir a los pueblos de la tierra por el camino de la reconciliación y de la concordia. Lo podemos hacer antes que nada con gestos de solidaridad hacia los

desarmados que han sufrido la pérdida de familiares queridos, de la propia integridad física, de la casa, de la serenidad interior. Pero lo tenemos que hacer sobre todo uniéndonos al Santo Padre invocando la intercesión de Aquella que es “Madre del buen Consejo” y “Sede de la Sabiduría”. Acojamos su invitación a recitar “el rosario todos los días, para obtener la paz en el mundo y el final de la guerra”. Poniéndonos en la escuela espiritual del Padre Pío, que reveló “La Virgen no me ha rechazado nunca una gracia pedida rezando el rosario”. Escuchemos las maternales palabras pronunciadas el 13 de mayo de 1917 por la Virgen santa, que nos invitan a ofrecernos “al Señor para soportar todos los sufrimientos que Él” nos manda, “como acto de reparación por los pecados con los que ha sido ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores”, sabiendo bien que el pecado es la raíz de todas las violencias, porque nos vacía de la presencia de Dios, haciéndonos incapaces de acoger su amor y dejándonos a merced de sentimientos de egoísmo y odio. No es este el sueño de quien se engaña para poder llegar, sin tener ningún poder, al resultado que la diplomacia no ha podido conseguir. Pero es la posibilidad concreta que el Señor concede a quien tiene fe, de obtener lo que se pide y de transformar la oración en el arma más potente de las inventadas por el hombre, en grado de hacer callar a las demás. ❖

© derechos reservados